



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

No hay peor sordo...



- ¿Tú no sales este verano?
 —No, hija; pienso veranear en Recoletos, si Dios quiere, porque he tenido una mala racha y me he quedado sin un cuarto.
 —Pues mira, lo siento; porque el doctor me ha recomendado las aguas de Biarritz. Pero ¿qué hace en Biarritz una señora sola?
 —¿Sola? ¡Si dicen que allí va muchísima gente!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El perfecto bañista, por Eduardo Bastillo.—Un violinista precoz, por Juan Pérez Zúñiga.—Chascarrillo, por José Estremera.—El cara de Veronato, por Clarín.—Efectos de estos calores, por Ricardo Menasterio.—Cómo se hace el amor, por Sinesio Delgado.—Aniversario, por Antonio Montalbán.—Menudencias, por Edmundo de C. Bonet, Francisco Aguado Arnal, Alberto Casañal Shakery, Pascal Montagut, Manuel Suárez García, Federico Canalejas y Luis González López.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: No hay peor sordo..., por Cilla.—Un violinista precoz, fotografía directa.—Cumplidos.—Los parroquianos (seis viñetas).—El cura de Vericuetto (tres viñetas).—En el Circo (dos viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

Parece que está á punto de arreglarse el conflicto de las verduras.

Todas las personas ardientes que aman el gazpacho y no pueden pasar sin lechuga, han sufrido lo indecible mientras no resolvía el asunto nuestro gobernador civil.

—¿Qué va á ser de nosotros sin verde?—preguntaban con verdadera angustia algunos caballeros.

—Habrá que agarrarse á la patata—murmuraban tristemente algunas señoritas.

Por fin las cosas se han resuelto á gusto de los herbívoros, y el triunfo del tomate es seguro.

Mientras aquí nos asomamos á la *brochette* y tenemos además que sufrir á este ajuntamiento carnívoro, enemigo de las hortalizas, en las playas lucen su gentileza y aspiran el aire salutar del mar las personas pudientes.

Pero aún no han comenzado los *reporters* solícitos á dar cuenta de las señoras finas que veranean lejos de la corte, y no sabemos, por lo tanto, si las de Caruncho toman baños templados ó si se entregan á la ducha simple.

Hace hoy un año, por este tiempo, que ya teníamos noticia exacta de los vasos de agua sulfurosa que habla bebido la marquesa del Braserio, y de las veces que se había mudado la camisa el ilustre senador del reino Sr. Cochón.

Hasta ahora nadie se cuida de ilustrarnos con estas noticias interesantes, y no hemos podido averiguar todavía dónde veranea la familia de un inspirado comadrón que salió de aquí á principios del mes, ni sabemos á punto fijo si se ha dejado las patillas el niño mayor de los señores de Paniagua.

Hay siempre en el público gran ansiedad por conocer el número de calzoncillos que ha llevado á San Sebastian el diputado señor Cerote ó el aplaudido interventor de Hacienda Sr. Gracilla, y cada vez que sabemos algo respecto á los trajes que lucen las señoritas madrileñas en las playas de la Península, parece que el corazón se ensancha y que no sentimos tanto calor.

Muchas veces nos hemos metido en la cama atormentados con esta duda:

—¡Dios mío! ¿Por qué no escribirán más á menudo los correspondientes? ¿De qué color será el traje de baño de la señora de Gómez-Aceituno?

Las señoras que se bañan, buscan los periódicos con verdadero afán, deseando leer noticias referentes á sus distinguidas personalidades, y cuando tienen ocasión dicen á los periodistas con afectada naturalidad:

—Fíjese usted en esta *toilette*, amigo López. Es de seda cruda con puntilla crema. Si piensa usted citarla en su periódico, puede usted decir que me la pongo por las mañanas solamente, antes de tomar la ducha. El vestido de mi niña es de crepón con encajes, última novedad.

Á propósito: mi niña está muy disgustada porque ha dicho usted en su última correspondencia que su sombrero era de paja de arroz, y no hay semejanza cosa. Rectifique usted, amigo López: es de paja de Bruselas con lazos granata.

—¡Ah, señoral! ¡Cuán pesados estoy por haber confundido las pajas!

Parece que no, pero todas estas cosas influyen de un modo extraordinario en la marcha de las naciones, y pueden dar lugar á que mañana nos declaren la guerra las señoras porque hemos sido poco exactos en la descripción de un vestido.

Hay joven periodista que ha perdido una plaza de subsecretario porque no supo decir á sus lectores cómo iba vestida á un banquete de palacio la señora de su ministro.

—Pepe—dijo la ministra á su conuorte,—echa á Manolo de la subsecretaría.

—¿Por qué?

—Porque confunde el gro de Lyon con el fular, y llama puntilla al encaje de Valenciennes.

Y el ministro dejó cesante á Manolo.

* *

En estos momentos, mientras la poesía duerme en Madrid, los poetas de lanas acuden á los certámenes de provincias.

Hay premios muy bonitos que se disputan muchos vates y algunas valas.

Un reloj de pared con alegorías de la Música y la Fiebre tifoidea, unidas en estrecho abrazo, para dar á entender que algunas composiciones líricas nos descomponen la sangre.

Una rosa de plata en representación de la pureza y del agua de vegeto, para demostrar lo inodoras é insustanciales que son la mayoría de las composiciones poéticas de nuestros laureados líricos.

Ahora van éstos á firmar una exposición pidiendo á las comisiones de los certámenes futuros que establezcan otra clase de premios, á saber:

Una pieza de retor, doble ancho, para sábanas; arroba y media de chorizos extremeños sin picante; dos docenas de calcetines de lana para el invierno; un buen jamón, etc., etc.

Porque está averiguado que la mayor parte de los galardones procedentes de juegos florales no sirven para nada.

Ni siquiera para empuñarlos.

Luis Taboada.

*

EL PERFECTO BAÑISTA

Dejemos al de la arena acróbata vergonzante, que, entre casetas de playa, luce el desgarrado tale.

Y, agarrado á la maroma cuando es fuerte el oleaje, es diversión de mirones con sus planchas y desplantes.

Ese es un bañista mísero, sin plan ni orden, que no sabe ni cuando en el agua entra ni cuando del agua sale.

Sólo es el del Bañeario digno de que se le cante, no ya en romance sencillo, sino en heroico romance.

Es más que un héroe por fuerza; es un voluntario mártir, que á dura ley se somete y renuncia libertades.

Apenas toma del médico, á cambio de treinta reales, las reglas hidroterápicas á que debe sujetarse, ya le tiene usted haciendo, con minuciosos detalles, el programa de una vida breve, pero insostenible.

Atento á la vil materia, que es víctima de una diátesis que, sin pudor, busca públicas ventanas á que asomarse; nariz y cuello con bultos y brotes desesperantes; sin virtud que le defienda de los vicios de la sangre,

busca el bañista en el *sulfur* virtudes medicinales, y, con la calma de un santo, sólo piensa en *sufurarse*.

Despertará el granajiento apenas el-gallo cante; y al paseo tras el agua, y á beber y á pasearse;

y tan atento á sus horas, que tendrá por desastre que el agua le maldicieran ó los pasos le cortasen.

Con cronómetro á la vista entra en el agua más tarde, pues le espanta ver los granos de la arena entre cristales.

Hasta los segundos cuenta mientras remoja las carnes, pues remojo sin medida sólo en los garbanzos cabe.

Con medida también come, del plato tras largo examen, y pide, huyendo de especias, alimentos especiales.

Ni baja al salón, ni nunca quiere exponerse á algún lance que, trastornando el programa, dé con su método al traste.

Allí es un sublime autómeta, una máquina portátil, con cuerda por dos semanas, que es la vida perdurable.

Ya de *El perfecto bañista* escribió dos manuales; pero él sigue con sus bultos y sus vicios de la sangre.

Eduardo Bastillo.

*

UN VIOLINISTA PRECOZ

AL NIÑO ODÓN GONZÁLEZ, PREMIADO RECIENTEMENTE
EN EL CONSERVATORIO DE MÚSICA



No te voy á dar un bombo,
pues dártelo, la verdad,
sería hacer que cargases
con un instrumento más.
Naciste, sin duda alguna,
cantando el *do, re, mi, fa*,
y como luego has vivido
sin pérdida de compás,
presumo que por tus venas
corre sangre musical.
No es, pues, raro que en la vida
no desentones jamás,
ni tampoco el que á tus años
toques mejor que *Murat*,
como dice la madrastra
de leche de un capitán,
que entiende de semifusas
como yo de predicar,
y le llama al contrabajo
(bandurria), por cortedad.
¡Bien ganaste el primer premio!
Mas no te creo capaz
(aunque lo digan algunos
que te quieren ensalzar)
de hacer con el instrumento
lo que quieras; si no, ya
te hubiera yo suplicado
que me hicieras un gabán.
Me han contado que recibes
pensión de una alteza real
y sé también que tu premio
fué por unanimidad.
Templa bien la prima, niño,
que algunas primas están

mal templadas y dan guerra
que es una barbaridad.
Aprieta bien las clavijas
y el Sumo Hacedor hará
que el arco que tú manejas
se torne en arco triunfal.
¡Bienaventurado tú,
pues de ti nadie dirá
lo que de un vecino mío
que, aunque es de Galapagar,
empuña un *St. advarius*
de tres pesetas lo más
y tocando noche y día
me tiene siempre en un ¡ay!
Puedes, en fin, suponerte
si tocará el hombre mal
cuando el martes, de resultas
de oírle un estudio en *fa*,
se le pudrió á la criada
toda la espina dorsal,
quedó cesante su padre,
quedó coja su mamá,
se le cayó á un tío suyo
todo el cabello de atrás
y malparió su portero,
que es guardia municipal!
Tú, en cambio, tienes seguro
por siempre el laurel y el pan.
Sigue, pues, dando á tus dedos
un julepe regular
y toca sonatas, mientras
este mísero mortal
toca el cielo con las manos,
que es el colmo del tocar.

Juan Pérez Súniga.

CHASCARRILLO

(DEL GRIEGO (NADA MENOS!))

Llegó á tomar Vicente
una afición tan grande al aguardiente,
que en beber se gastaba
todo cuanto tenía,
y así ni un real siquiera le quedaba
para el modesto pan de cada día.
Su mujer, que era tierna y bondadosa,
le hizo del porvenir negra pintura,
y él, que amaba á su esposa

con sin igual ternura,
le juró pensar solo en el oficio
y trabajar en él hora tras hora
para huir de la idea tentadora
que le llevaba al vicio.
Y, fiel al juramento,
del taller no salía ni un momento;
mas siempre trabajaba el desdichado
pensando en el riquísimo aguardiente,
cual piensa el trovador enamorado
en su adorada ausente.
Pero un infausto día
del amado licor saciarse pudo
porque un pariente que en Chinchón tenía
le regaló un barril alto y panzudo.
A su barril se precipita ansioso
con el gáznate seco,
diciendo al ver el néctar delicioso:
—Puesto que aquí no pago, aquí no pecho.
Y creyendo que el mal está en el pago,
copa en mano y alegre la mirada,
echando sin sentir trago tras trago,
medio barril bebió de una sentada.

Por la noche, á la esposa de Vicente
el doctor le decía gravemente:
—Este hombre no se salva;
temo que ha de expirar antes del alba.
Lo oyó el paciente y dijo: —Pues me muero,
esposa de mi vida,
mi última voluntad decirte quiero.
—¿Y cuál es?

—Que me den el aguardiente
que queda en el barril de mi pariente.

José Estremera

Cumplidos.



—Señorita...
—¿Qué hay? ¡pedazo de bárbaro!
—Dispense la señorita, pero aquí está el Sr. Antuninu, que pídela
permiso para mirar por el agujero de la cerradura...

Los parroquianos.



—Pondremos un hierro para la castañita esta, como siempre, ¿eh?
 —Buena; pero no me vayas á quemar, como el otro día.
 —Dispense usted, D. Pedro, pero como uno tiene confianza, á lo mejor se distrae uno.



—Qué cafés, ni qué palacio real, ni qué casa de fieras! ¡Donde está el establecimiento del señor Felipe, está la felicidad humana!



—¿Será bueno?
 —¡Anda! ¡pues si sabes que te doy siempre lo mejor que tengo, salerosa!
 —¡Pero qué requetegrannya eres, Bonifacio!



—Porque el comercio tiene eso; no consiste sólo en lo que se toma, sino en la conversación que dan los amigos, ¿entiendes?



—¿Ha visto usted eso del tratado con Alemania?
 —¡Ya, ya! Eso no se aprueba nunca... Y á propósito, este café también lo apuntas en la cuenta, ¿sabes?



—Chico, este escaparate se va poniendo cursi... ¡Siempre las mismas cosas! Desde mañana, si te parece, nos iremos á otro.



El cura de Vericúeto.

IV

Don Tomás Celorio, á quien todos los curas del arciprestazgo llamaban familiarmente «Vericúeto» por el nombre de su parroquia, llevaba de párroco propietario veinte años, y hacía doz que no se movía de la cama.

Poco á poco le habían ido acorralando los achaques, y cuando ya no pudo defenderse y tuvo que rendirse al peso de su corpanchón y de los cánones, que exigieron otro clérigo en la parroquia, admitió el auxilio á regañadientes, tomó al coadjutor como á enemigo solapado de los intereses propios; y no le cedió un ochavo de cuantos derechos le pertenecían, habiendo de ateneise el intruso, que en rigor lo hacía todo, al mezquino sneldo de su cargo secundario.

Celorio mandaba y disponía desde la cama cual un caudillo que, rendido por las heridas en tierra, sigue dirigiendo una batalla. El cura seguía siendo él; nada de economato; un coadjutor como otro cualquiera; no consentía Celorio, ni al obispo en persona, que se le tratara como un trasto inútil. «Yo soy ahora un párroco inmueble, gritaba, pero párroco en funciones; mi iglesia es mía.» Y como no podía ir al templo, ejercía la cura de almas desde su lecho como Dios le daba á entender. Su gran afán era no perder un cuarto de cuantos la ley canónica le concedía como cura propio de Vericúeto. No bautizaba, ni llevaba el Señor á los enfermos, ni casaba ni enterraba á nadie, pero cobraba todo lo que hacía al caso, y para cumplir con las apariencias, de tarde en tarde, reunía en torno de su lecho á las beatas y á los santurrones de la parroquia, y les enderezaba una plática breve, con voz gangosa y enérgica entonación, predicando siempre en favor de la caridad y el desprecio de los bienes efímeros de este mundo.

También seguía siendo desde la cama padre espiritual de algunas privilegiadas criaturas, viejas místicas que acudían á la cabecera del lecho de nogal convertido en confesonario, y allí, de rodillas junto á la mesilla de noche, declaraban sus culpas, que Celorio oía ras cándose el cogote. Lo más gracioso era que no pareciéndole decente



escuchar los pecados ajenos, y atar y desatar en mangas de camisa, como un mozo de cordel, reconocía la necesidad de revestirse de ciertas ropas que, sin hacerle salir del lecho, dejaran ver en él al sacerdote. No le servía la sotana, porque era demasiado larga... y además porque estaba hecha pedazos. La única que tenía le había durado veinte años, y estaba por todas partes agnereada, inservible; y como en la cama no la necesitaba, había discurrido no comprar otra; siendo, en su opinión, ésta una de sus economías más razonables. Pero, gracias á Dios, Ramona, el ama de Celorio, vieja sorda y sórdida, vestía de por vida el hábito de los Dolores, y el cura dió en la peregrina invención de meterse por la cabeza una falda negra, de alpaca, propiedad de Ramona, que la lucía los domingos. Con aquella falda sobre la camisa, absolvía Celorio á las hijas de confesión que acudían al pie de su lecho en busca de la gracia.

Lo mismo que la cura de almas y consiguientes derechos de estola y pie de altar, dirigía y cobraba D. Tomás, sin salir de la cama, sus negocios y ganancias temporales; pues dijera lo que quisieran allá en *Galacio*, era el párroco de Vericúeto tratante en una porción de artículos de consumo, y ejercía en el mercado de la próxima villa de Snaveces una especie de hegemonía económica, que no era monopolio, pero sí enpremaía lucrativa. Con gran descaro, y sin miedo á denuncias, Celorio ganaba honradamente, pero con olvido de las leyes eclesiásticas, muy buenos réditos de un capital esparcido en multitud de pequeñas industrias y comercios, tales como la cría de cerdos, las vacas en *comuña* ó *sparcería*, venta de legumbres, frutas, gallinas y hasta pañuelos de seda en una *tienda del aire*, ó sea puesto ambulante de baratijas, en que, junto á los colorines de la seda india, brillaban las piedras falsas de la joyería rústica; pendientes y collares mezclados y confundidos con rosarios, escapularios, cintas tocadas al Santísimo Cristo de Cúeto, y medallas procedentes de Roma y bendecidas por el Papa.

Si á todos estos anzuelos del industrioso párroco acudían los ochavos que con tanto sudor ganaban los aldeanos del contorno, debíase, no á malas artes, ni menos á imposiciones hierocráticas, sino á la lealtad y honradez de las transacciones, á la baratura de los productos, á la parsimonia con que Celorio procuraba cierta ganancia en cada trato, en cada venta; siendo su afán, no el lucro excesivo, fabuloso, en cada caso, sino la muchedumbre de negocios. Su lema era no consentir cohecho ni perdonar derecho; todo lo suyo para él, pero nada más que lo suyo.

«El ojo del amo engorda el caballo», era otra máxima popular que le sirvió de guía y norte mientras pudo andar por su pie. Aunque es claro que, descoradamente, él no se ponía en el mercado detrás del mostrador (un banco portátil) de su tienda á vender arracadas y cintas del Cristo, rondaba por allí cerca; iba, además, de un



puesto á otro; de las berzas, repollos y remolachas á la cesta de fruta, y hasta se le veía en el mercado de cerdos, saltar entre los menudos lechoncillos con la sotana un poco levantada, presenciando como al descuido, pero muy atento, las transacciones que le importaban tanto más que al encargado de la venta. A veces olvidaba todo disimulo, y cuando sus intereses estaban amenazados por exigencias excesivas del comprador, el cura, con toda su actividad y pericia, terciaba en el trato; y hasta llegaba á declararse propietario de la cosa en venta cuando se ponía en duda el mérito de los productos. Solía esto suceder tratándose de lechugas, tomates y pimientos, que eran el orgullo del buen párroco, hortelano de vocación. Sabía él que declarar la procedencia de aquellos frutos era tanto como hacer su apología, pues la huerta del cura de Vericueto tenía fama muchas leguas á la redonda.

En ocasiones, cuando todos eran de casa, es decir, no había en el mercado gente forastera, Celorio se despojaba de todo disimulo y se sentaba sobre una cesta volcada, entre sus repollos y berzas; y



mientras se comía una cebolla que iba remojando en agua, pesaba y repesaba, cobraba la calderilla y entregaba al comprador los cogollos rozagantes, orgullo y amor del buen Columela tonsurado.

Que de estos y otros parecidos excesos llegaban soplos al obispo, ya lo sabía él; pero también le enseñaba la experiencia que el obispo hacía oídos de mercader, porque profesaba á Celorio un cariño cogido allá en la adolescencia, en el seminario, á la edad en que las amistades se injertan para no separarse en la vida.

Siempre le había repugnado la idea de que el lícito comercio estuviera vedado á los clérigos. Parecíale esta prohibición especie de estigma que para siempre deshonraba la industria más universal y necesaria. «Mientras tenga la Iglesia por cosa mala para sus sacerdotes el cambio leal y justo de las mercancías por dinero, los mercaderes se creerán autorizados para ser algo ladrones. Si el comercio estuviera sólo en manos de quien recibe al Señor en su cuerpo todas las mañanas, y lo recibe dignamente, mejor andarían los negocios; iría el crédito como una seda, se evitarían pleitos, gastos, policía, cien y cien trabas, obra muerta, muy cara y embarazosa, de la vida económica. Quédense para los paganos tener el mismo dios para el robo y para el comercio. Si Jesucristo arrojó del templo á los mercaderes fué por vender en el templo; pero al mandarnos pagar el tributo, que es el precio de la paz y el orden que debemos al Estado, bien nos dijo el Señor que en comprar y vender no hay pecado.»

Más aún que tales teorías, la irresistible necesidad del lucro legítimo mantenía á Celorio en aquella situación algo irregular de pastor que convertía á su rebaño en consumidores de sus productos; de párroco que convertía á sus feligreses en parroquianos.

Pero no bastaba ganar, era necesario ahorrar, gastar lo menos posible. Celorio vivía como un cenobita, no por penitencia, no por mortificar la carne, que de todos modos en él prosperaba, gracias al buen natural y á la vida morigerada é higiénica; vivía con muy poco por guardar mucho; y á tanto llegó en él este espíritu de economía, que le sacrificó hasta el instinto de conservación, como lo demostró en el asunto que se llamaba del pique, el cual vamos á ver, por fin, en qué consistía.

Clarin.

(Se continuará.)

EFFECTOS DE ESTOS CALORES

Es una verdad patente que al apretar los calores á todo bicho viviente se le irritan los humores, y de tal irritación es la consecuencia lógica una sobreexcitación en la escala zoológica, origen de graves males y de más de una locura que sufren los animales con tanta temperatura.

La sangre con sus vaivenes en todas partes tropieza y martillea las sienas y comprime la cabeza, víctima de tanto ardor, la piel se dilata y pica, se multiplica el amor y todo se multiplica. Esto es regla general, obedeciendo á esta ley lo mismo el reino animal que su vaniloso rey.

El toro, animal potente y de sin igual bravara, se lidia ordinariamente con media temperatura, y á aquel que huye de la pica por ser manso, se ve luego cómo se le rectifica con banderillas... de fuego. Con el calor los chorlitos se despluman con furor y los terribles mosquitos pican más con el calor, y son pruebas bien felices de estas falias y desmanes el celo de las perdices y la rabia de los canes.

El hombre, de la estación sufre las excitaciones y declara en erupción el volcán de sus pasiones. Los caprichos se desatan, aumentando la estadística de los hechos que relatan en la prensa periodística, que haciendo de esto un derroche se puede en ella leer:

«El atentado de anoche.»
«El homicidio de ayer.»
«Asesinato espantoso.»
«Un rapto.» «Sangrienta rüa.»
«Un suceso misterioso.»
«El canónigo y la niña.»
«Los crímenes del amor.»
«Un adulterio.» «Altercado.»
«Las iras de un senador.»
«La nariz de un diputado.»
«Un motín.» «Guerra inminente.»
«Un atraco.» «Desafío.»

Y así sucesivamente durante todo el estío.

En llegando esta estación, yo, aunque ser muy racional, no puedo ser excepción de esta regla general, y en cuanto empiezo á sufrir estos calores malditos, no hago más que reprimir mis pasiones y apctitos, que me llevan á ser fiero hasta el punto de que ayer vino á mi casa el casero á cobrar el alquiler. Y yo, que ordinariamente, aunque el verlo no me halaga, le saludo amablemente por más de que no le pague, en cuanto ayer le vi entrar me dije con gran cinismo: «Si lo pudiera ocultar, lo asesinaba aquí mismo.» El pobre hombre sonreía para que yo le pagara, mientras que yo me decía: «¡Infelicit! ¡Si él sospechara!...» Al fin recapacité y le dejé marchar vivo, diciendo:—Váyase usted, pero llévese el recibo. Lo hizo así y desde el balcón, le grité echándole un terno: «¡No vuelva usted en la estación, no vuelva usted hasta el invierno!» Porque, hablando con verdad, el mejor día, señores, hago una barbaridad si siguen estos calores.

Ricardo Monasterio.

Como se hace el amor.

Á LOS VEINTE AÑOS

«Madrid quince de Abril. ¡Ay, señorita! yo no acierto á explicarla lo que siento. El pensar en usted es un tormento que hasta las ganas de comer me quita. Búlese usted de mí, si así le place, pero míreme usted, que una mirada es para mí la dicha codiciada. ¡Con ser grande mi amor, se satisface con poco, ya ve usted, casi con nada!»

Á LOS TREINTA AÑOS

«Madrid quince de Agosto. Ya no puedo resistir este afán. Si tú me quieres, ven á mis brazos ya; no tengas miedo. ¡Que te importen un bledo las habillitas y cuentos de mujeres! La idea del honor mal entendida puede hacer la desgracia de mi vida. ¡Déjame que te adore y que te quiera con todo el corazón y el alma entera!»

Á LOS CINCUENTA AÑOS

«Madrid Diciembre quince. Señorita: dígnese usted aceptar este presente, que la hará de seguro más bonita y... quiera el Dios del cielo que el siguiente lo pueda yo llevar personalmente. *Post scriptum.* No tenga usted cuidado, soy prudente, formal y reservado...»

Sinesio Delgado.

En el Circo.



Cuando salen las de los caballitos.



Cuando salen los de las barras fijas.

Aniversario.

Morenita, ¡bien estamos!
Un año justo llevamos
de sabrosas relaciones
amorosas,
cada día más sabrosas,
que están nuestros corazones
cada día.
más llenitos de ilusiones,
más repletos de alegría.
Creo que Dios intervino
en señalarnos camino,
y como intervino Dios
resulta casi divino
el cariño de los dos.
Él nos dijo: «Por aquí
podéis llegar hasta mí»,
y nos señaló la senda,
dándonos por lazarillo
al chiquillo
revoltoso de la venda.
Ni un abrojo, ni una ortiga;
ninguno siente fatiga
por el año de viaje.
¡Es tan hermoso el paisaje,
que cualquier pena mitiga!
¡Qué nos importa tardar
si podemos comprender
que nos espera al llegar
más placer
que hemos podido soñar!

Parece que lo estoy viendo;
que ahora mismo está ocurriendo:
tu gallega, que me entrega
la epístola apetecida...
y se hace la distraída,
como cumple a una gallega;
Que rompo el sobre, convalso,
que leo con emoción,
que se me acelera el pulso,
que me baila el corazón;
que encuentro de muy buen modo
la respuesta redactada,
porque no me dices nada
y yo lo adivino todo;
que es grande mi turbación,
que ya la imaginación

con tales vuelos camina
y á tal éxtasis se entrega...
¡que se marcha la gallega
sin una mala propina!

¿Y después? Mucho interés,
cariño tan ejemplar
que si se fuese á contar
no se acababa en un mes,
y un año sin regañar,
eso ha ocurrido después.
Muchos, por cualquier simpleza,
por gusto de enfarrnarse,
acaban su ligereza
por tirarse
los tientos á la cabeza.
Nosotros somos mejores;
nunca tenemos pretextos
para riñas ni rencores,
y si hay palabras mayores,
se concluyen los denuestos
con arrojarnos... las flores
de los tientos.

Y en justa celebración
de un amor tan ejemplar,
hoy debemos celebrar,
queridísima Ascensión,
con arreglo á los rituales
de cajón,
las bodas provisionales...
que no pide el corazón.
Y como á nadie le escapa
que eres tú mucho más guapa
que el papa, querida mía
(y no se tome á hereja
la proposición del papa),
si fueron, llenas las manos
de plata, muchos cristianos
á sus bodas, vendrán todas
las diestras de los hispanos...
(cristianos y... *sarracenos*)
á derramar en tus bodas
oro molido, lo menos.
De las bodas verdaderas,
cuando libres de quimeras
y de soñados excesos
la realidad ya se toca,

serán actores los besos
del teatro de la boca.
Y el acto será aprendido

con pasmosa inspiración,
¡porque es el oro molido
que nos pide el corazón!

Antonio Montalbán.

MENUDENCIAS

Dos súbditos pierde España
cuando alguien presta dinero;
el que lo da se hace inglés
y el que debe se hace el sueco.

EDMUNDO DE C. BONET.

Si serán retrecheros, que ayer tarde
el bruto de tu novio
quiso romperme el alma porque dije
que me mirabas tú con malos ojos!

Manchó Elisa su pureza
y su vestido en el baile,
y después... ¡con qué amargura
lloró la mancha del traje!

¡Qué poco artista es el viento!
Desnuda de hojas al árbol
en vez de llevarse todas
las que tienes en el álbum.

FRANCISCO AGUADO ARNAL.

No debes dejar que siga
entrando tu novio en casa,
pues ya les ha echado el ojo
á los cubiertos de plata.

«Es tan fácil pecar, que no debía
castigar el Señor ningún pecado.»
Así piensa Lucía,
porque, á juzgar por lo que me han contado,
es muy fácil que peque cualquier día.

¡No ves cómo estás más guapa
hoy que te has peinado un poco
y te has lavado la cara?

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.

—Para números, mi chico.
—¿Tiene afición?

—¿Qué si tiene?
¡Estremó anteaer un traje
y lo trajo con dos sietes!

PASCUAL MONTAGUT.

El dinero de las ánimas
el sacristán de mi pueblo
se lo gasta en lamparillas...
para *aiumbrarse* por dentro.

MANUEL SUÁREZ GARCÍA.

La mujer de un amigo
cegó de amor y se escapó conmigo,
y mire usted qué diantre! ¡Estoy celoso
del verdadero esposo!

Pidiéndote un beso solo
llevo tres años y medio.
Si lo hubiese conseguido,
sabe Dios qué hubiera hecho

La mujer que se da á la mala vida
se muestra rara vez arrepentida.
Y no pueden contarse
las que hay arrepentidas de casarse!

FEDERICO CANALEJAS.

Le llaman tiempo perdido
al que ayer pasé á tu lado,
cuando en mi vida he tenido
tiempo más aprovechado!

De todos, menos de Juan,
tuve por Amalia celos;
¡y, es natural, no los tuve
de quien debiera tenerlos!

LUIS GONZÁLEZ LÓPEZ.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Muthurruquer.—El soneto tiene el mismo defecto que casi todo lo que usted hace. La vulgaridad del asunto. Parece escrito hace muchos años.

Un furibundo anarquista.—Que escribe unos romances inocentes, sencillos y cándidos, aunque parezca mentira.

Sr. D. D. L.—Trasladaremos la carta al interesado, que la agradecerá seguramente; pero publicarla... ¡ay! eso no me parece oportuno.

Calaf.—Al oír esos *maitines*
improvisados de pronto
ángeles y serafines
diján tonto, tonto, tonto.

Y tendrán razón de sobre, que es lo más lastimoso.

Mono tallo.—Ninguno es publicable, porque son de los que hace cualquiera. ¡Ah! una advertencia: no se puede estar *arto* del mundo sin hache.

Guahero.—Me parece usted un guasón de primera clase; y usted dispense. Aquello de

«¿Quién vencía en la arena con más brío?»

«¿Quién ¡ay! ¡oh, Dios mío!

aquellos volapiés y pases daba?

«¿Quién le sucederá en el magisterio?»

me parece de perlas, como le parecerá á cualquier nacido.

R. B. Cilla.—El caso es que esos juegos de palabras no pueden menos de resultar forzados, y como decía Cervantes refiriéndose á otra cosa, acaban por *shacer* la plástica desmayada y baja.

Riveta.—Aunque estuviera bien, que no lo está ni muchísimo menos, la oportunidad ha pasado. Porque decir, por ejemplo: «este año el mes de Junio empieza en viernes», cuando ha concluido el mes de Junio... es dar una noticia que no puede interesar á nadie. A no ser que la carta de usted se haya retrasado treinta días en correos... en cuyo caso no hay nada de lo dicho.

Sr. D. J. O.—Se repitió el envío. No puedo escoger ninguno por la falta de novedad de los cuatro.

Sr. D. S. P.—De qué adolece la composición de usted en primer término.

Sr. D. L. A.—En efecto, ello consistió en un error de apuntación y no en otra cosa, error que ha quedado subsanado inmediatamente. Se enviaron de nuevo los números que le faltaban.

Sr. D. R. S.—El soneto no tiene incorrecciones de bulto; los versos están bien medidos, pero... no dice nada que valga la pena. Y eso es lo primero que hay que procurar, decir algo aunque sea poquita cosa.

Pestaño.—¡Rediós! ¡pues era lo único que nos faltaba! Una silva hablando de volcanes, llamas y rayos... y sin pizca de ortografía, para hacerla más ardiente!

Carrete.—Divídame una bomba si entiendo lo que ha querido usted decir con aquello de «la aureola nubes». ¿Es que cree usted que aureola es sinónimo de parda, pongo por ejemplo?

Glacé.—Si que *aliquando bonus dormitat Homerus*, pero el caso es que usted *dormisat* constantemente, á juzgar por la maestra.

Titi.—¡Buenas y gordas!

Sr. D. B. G.—El libro que pide en su nota no lo tenemos disponible. Diríjase á cualquier librería.

Españolón.—No, no rompa usted la pñola todavía. Pero no escriba usted versos con ella tampoco. Úsela V. para cartearse con los parientes... en prosa.

Sr. D. L. R.—Dios le perdone á usted el soneto, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

LA TAQUIGRAFÍA VERDADERA

(SEGUNDA EDICIÓN)

Tratado teórico-práctico é histórico-crítico, el más completo de todos los publicados hasta hoy y único con el cual se puede aprender, sin necesidad de profesor, este útilísimo y prodigioso arte, escrito por D. Luis Cortés y Saaña, catedrático honorario que fué del Instituto del Cardenal Cisneros y del Ateneo científico-literario de esta capital, y de cuya Academia privada han salido discípulos que hoy son excelentes taquígrafos de las Cortes; y ex-director del *Diario de las Sesiones* y Jefe de los del Senado, á cuya Redacción ha pertenecido durante treinta y ocho años. Esta obra en folio se vende por siete pesetas en Madrid, calle de Campomanes, 6, imprenta.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derechos.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 sup.º
Teléfono 224.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOGA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES